

CONFLUENCIAS CONTRA LA PRIVATIZACIÓN DEL TERRITORIO DESDE LA ACTIVIDAD AGRARIA ECOLÓGICA¹

Daniel López García
Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC),
Universidad de Córdoba

No hace falta recordar el papel de la agricultura y la ganadería en la fundación de las sociedades y civilizaciones humanas y en la creación de nuestras culturas. Tampoco es necesario ahondar en el papel de las sociedades humanas en la transformación de la faz de la tierra a través de la actividad agraria, y en la conformación de los paisajes y ecosistemas en lo que hoy son. Los paisajes culturales, testigos de la expresión de diversas culturas y formas de organización social en el territorio, constituyen lo más profundo de las diversas identidades locales. Pero ¿es sólo una expresión del pasado?.

En efecto, los paisajes desoladores del mar de plástico de los invernaderos del poniente almeriense; el desierto de olivos en Jaen; los parajes tropicales arrasados por la deforestación o los cultivos agrocarburantes (soja, maíz, aceite de palma...); o los campos periurbanos sembrados de grúas, también son paisajes culturales. Son la expresión territorial de una cultura, esta vez más global, que con sus particularidades locales se expande por el mundo y continúa transformando su superficie, y cada vez más también el subsuelo y el aire.

La producción agraria capitalista se muestra en paisajes saturados por los monocultivos agrarios; desiertos de biodiversidad en los que los recursos se agotan y se acumulan residuos de la actividad humana que los ecosistemas no alcanzan a asimilar. Mientras la agricultura se realiza por muy poca gente² y muchas máquinas, el grueso de la población de las zonas más “avanzadas” del planeta se agolpa en las ciudades, malviviendo de espaldas a la naturaleza mientras esos bucólicos paisajes culturales que recrean nuestras identidades más tiernas son sustituidas por la tecnología agraria, o convertidas en Espacios Naturales Protegidos que más parecen museos que realidades vivas y en evolución.

Pero más allá de las referencias a un pasado inocente y feliz, el territorio y los paisajes agrarios suponen la expresión de equilibrios entre la Naturaleza y las sociedades humanas, construidos con mucho esfuerzo y conocimiento a lo largo de la historia. La distancia entre las culturas humanas y los ecosistemas que nos acogen supone dejar en manos del mercado capitalista la gestión de los recursos naturales, y estamos viendo como los equilibrios se rompen y esta relación entre humanidad y sociedad se está volviendo cada vez más problemática.

En el presente artículo pretendemos partir analizando la quiebra de los modelos sociales que, en el Estado español, convivían con la naturaleza en cierto equilibrio, para llegar a los aún incipientes intentos de reconstrucción de estas relaciones en la actualidad, a través de modelos de gestión colectiva o cooperativa de

¹Este artículo ha sido publicado en el número 77-78 de la Revista Archipiélago (Madrid, 2007).

² Es necesario apuntar, sin embargo, que actualmente la mitad de la población mundial sigue viviendo en áreas rurales y dependiendo directamente de la actividad agraria.

los espacios agrarios o *agroecosistemas*, desde la cooperación entre agrupaciones urbanas y rurales.

LA PRIVATIZACIÓN DE LOS USOS DEL TERRITORIO

Ya hace siglos que viene siendo normal en la mayoría de las culturas que pueblan el planeta la apropiación exclusiva, individual o colectiva, de recursos como el suelo, sus frutos o los minerales que éste encierra. Sin embargo en las últimas décadas asistimos a la progresiva privatización de algunos recursos naturales tales como el agua, el aire, la información genética que encierran los seres vivos, e incluso los usos que se hacen de éstos. En nombre de la eficiencia económica y de la innovación tecnológica los recursos naturales, o la Naturaleza, estos recursos se segregan y reducen a la condición de la propiedad privada, para convertirlos en una mercancía con valores de mercado, que genere beneficios monetarios y crecimiento económico.

La necesidad de crecimiento continuo de los flujos de capitales que requieren las economías capitalistas requiere de lo propio en las tasas de uso o explotación de los recursos naturales. Para la apropiación capitalista de los recursos naturales, base de la economía, es necesaria su conversión en mercancía, y para ello, el capitalismo prefiere su privatización previa. Esta cadena –privatización, mercantilización, explotación- va unida al incremento de los procesos de extracción de recursos, pero también supone una transformación esencial de los mecanismos socioecológicos de regulación de los flujos de materiales y energía en el planeta. En este artículo no ahondaremos en los aspectos ecológicos de estas transformaciones³, sino que daremos un breve repaso a los aspectos más sociales para más tarde intentar revisar algunas de las frágiles tendencias de reversión de los procesos privatizadores que encontramos en la actualidad en el Estado Español.

Para comenzar un somero análisis histórico de los procesos privatizadores del suelo nos situaremos en los inicios de la era industrial, y en concreto en el siglo XIX español, si bien en otros territorios los tiempos han sido sin duda diferentes. Hasta ese momento, las economías denominadas orgánicas o de base solar⁴ funcionaban gracias a un fino conocimiento de los mecanismos ecológicos de regulación de los ecosistemas y de su productividad, y funcionaban gracias a un fino equilibrio entre aprovechamientos privados y colectivos –comunales- que permitiese una gestión lo más eficiente posible del conjunto del territorio. Esta eficiencia buscaba la máxima productividad asegurar la renovabilidad de los recursos, y si bien estos límites no siempre se han respetado, existían numerosos mecanismos

³ Esta posibilidad excede la capacidad de este artículo y del que lo suscribe. Para ello nos remitimos a la gran cantidad de bibliografía disponible, de entre la cual destacamos los trabajos de Ramón Margalef y de José Manuel Naredo.

⁴ Denominadas así ya que la productividad de los ecosistemas y por tanto la economía dependía directamente del sol como única fuente de energía, con un flujo limitado y más o menos constante; y de los *convertidores biológicos* (plantas y animales) que transformaban esta energía en bienes y servicios útiles para la sociedad (Gzlez. de Molina, M. y Guzmán Casado, G., 2006)

sociales, culturales y legislativos que pretendían que no fuesen rebasados⁵. Y así se mantuvo un equilibrio ecológico altamente estable y productivo durante siglos.

Dentro de este sistema socioecológico fue clave la gestión comunal de determinados recursos y territorios, en general los más frágiles y menos productivos, que aseguraba la reserva ecológica de recursos para las malas temporadas (frutos del bosque, caza...), así como un acceso relativamente equitativo a los recursos más básicos (agua de riego y de boca, pastos de los animales domésticos, leñas, determinadas infraestructuras agrarias...). Las reformas liberales del siglo XIX (desamortizaciones, Ley de cerramientos...) que introducen la privatización del espacio agrario suponen, en este sentido, la quiebra de un modelo de explotación de los recursos naturales relativamente *conservacionista*, para impulsar otro abiertamente *productivista*.

La imposibilidad del campesinado de cubrir buena parte de sus necesidades de subsistencia gracias a recursos comunales les vuelca a mercantilizar las economías (producciones y consumos), y a pasar de la racionalidad ecológica (Gonzalez de Molina y Sevilla Guzmán, 1993) a una racionalidad monetaria, en la cual la ecuación básica es la que relaciona coste y beneficio. La “Revolución Liberal” del siglo XIX permite la concentración de capitales necesaria para la creación de la industria rural y sobre todo urbana. Esto supone la victoria del modelo burgués sobre el modelo feudal, pero también la de la racionalidad industrial y mercantil sobre la racionalidad ecológica de las economías orgánicas, y su conocimiento asociado.

Los cambios demográficos que comienzan con el siglo XX traen la generalización del modelo industrial y la paulatina concentración de la población en las ciudades. Desde éstas, el mecanismo rector de las relaciones entre sociedades y ecosistemas no es sino el mercado, con las funestas consecuencias que ya conocemos. La globalización del capitalismo y la creciente dependencia tecnológica no hacen sino acelerar los ritmos de extracción y uso de los recursos naturales, en flujos que superan con creces los ritmos de reposición de recursos y de asimilación de residuos de los ecosistemas planetarios.

En este marco de una civilización urbana e industrial, de espaldas a los límites y procesos ecológicos, aún subsisten en el territorio español estructuras comunales para gestionar numerosos bienes: las Asambleas Vecinales y Concejos que siguen gestionando pastos y bosques para leña o para madera; las Comunidades de Regantes... Son instituciones en las que la racionalidad conservacionista no es ideología, sino un elemento constitutivo y absolutamente central, y que a lo largo de los siglos han demostrado, en muchos casos, su facultad para conservar la productividad de los ecosistemas. Pero esta racionalidad ha quedado obsoleta en una sociedad basada en el crecimiento económico, el trabajo asalariado y el consumo de masas; y poco a poco sus funciones han ido siendo asumidas por las distintas administraciones públicas.

El Estado ha demostrado, en general, ser una forma política incapaz de la gestión sostenible de los recursos naturales. Puede ser por la dificultad de una estructura tan grande, rígida y desterritorializada de atender a las sutilezas y

⁵ Podemos encontrar una excelente compilación de estudios de caso sobre estos mecanismos en Gzlez. de Molina y Martínez Alier, 2001

particularidades de los procesos ecosistémicos; o por la subordinación de las políticas públicas a los intereses rentabilistas de las empresas. En cualquier caso, con esta excusa esta labor se va delegando en la empresa privada, que necesariamente ha de considerar estos recursos como mercancía y extraer beneficio monetario de dicha gestión. Así, lo colectivo va desapareciendo entre lo público y lo privado; y la regulación en el manejo de los recursos naturales se va delegando en el mercado. La posibilidad de poner precio a cualquier recurso natural (bienes o servicios) ha abierto la posibilidad de convertir la gestión y apropiación de recursos naturales antes olvidados en nuevos yacimientos de negocios.

En este sentido podemos entender el interés privado por las patentes sobre los códigos genéticos de seres vivos, la gestión de parques naturales o las redes públicas de abastecimiento de agua; que hoy en día se subordinan a las leyes de la oferta y la demanda. Lo que no se puede entender, al menos el que suscribe, es la pretensión de que la gestión privada de estos recursos naturales va a ser más eficiente y sostenible que la gestión pública (no hablemos de la gestión colectiva o comunal, que está aún más denostada). Y tenemos pruebas importantes para estar turbados ante esta idea que se ha convertido, tristemente, en dogma de fé de la sociedad actual.

A la vista están innumerables conflictos sociales y ambientales en las últimas décadas cuando se ha privatizado la gestión de los recursos naturales. Desde las luchas por el abastecimiento de agua en Ecuador; los desmanes de las empresas petroleras en todo el mundo; los escándalos de robo de genes humanos y su posterior patente (llamado biopiratería); el vergonzoso asunto del tráfico de emisiones de CO₂ que ha traído el Protocolo de Kyoto; la deforestación de los bosques tropicales para la venta de la madera o para el pasto del ganado; el arrase de los manglares para la producción de camarón de exportación... La empresa privada no atiende a la eficiencia en el uso de los recursos que explota, ni a su renovabilidad, sino a la máxima rentabilidad en el más corto plazo posible. Confiarle la gestión de algo tan valioso y tan frágil como los recursos naturales de interés general es bastante arriesgado.

La desarticulación de las comunidades campesinas, y el abandono de innumerables formas tradicionales de manejo de los recursos naturales están trayendo también la degradación de los ecosistemas históricamente manejados por los seres humanos, por simple abandono. Y la dificultad de muchas poblaciones rurales para cubrir sus necesidades de forma sostenible también han generado históricamente sobreexplotación y degradación ambiental. En este sentido es necesario que alguien se haga cargo de la gestión del territorio y de los procesos ecológicos valiosos que se desarrollan sobre él, por ejemplo ante el aumento de incendios que ha traído el abandono del pastoreo extensivo en el Estado español; o ante la desaparición del conocimiento etnobotánico tradicional. Pero si la gestión comunal ya no tiene sentido en una sociedad postindustrial como la nuestra, el Estado se inhibe a favor del mercado, y la empresa privada es depredadora por naturaleza... ¿quién va a mantener los recursos naturales?

LA CUESTIÓN AGRARIA EMERGE A LA AGENDA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En respuesta a esta ola privatizadora se están articulando gran cantidad de movimientos en el estado español. Probablemente, abriría este nuevo ciclo de luchas las movilizaciones de los últimos años contra el Plan Hidrológico Nacional, publicado en 1998, que alcanzó sus mayores movilizaciones en contra del trasvase Ebro-Segura en Cataluña y Aragón- Pero también se han alzado multitud de movilizaciones y organizaciones en lo que se han llamado “Plataformas en defensa del territorio”, que se han expresado especialmente en toda la costa mediterránea y más especialmente en la Comunidad Valenciana.

Estos movimientos podrían ser catalogados dentro de lo que se ha llamado “movimientos NIMBY⁶: no en mi patio trasero”, que plantean resistencias a las agresiones al medio ambiente o a las políticas privatizadoras en el ámbito local y regional, y que han tenido problemas para articular respuestas desde una visión territorial más amplia. Si bien desde estas instancias han surgido propuestas interesantes de cambio de modelo –como por ejemplo la de la “Nueva Cultura del Agua”- estas propuestas no han superado una visión “gestionista”, sin profundizar en el modelo económico que genera la necesidad de estas políticas públicas, que ya hemos descrito más arriba.

Sin embargo, es de destacar la importancia que se le ha dado en algunos lugares a la conservación del “Patrimonio Agrícola”, rescatando los valores ecológicos, sociales y culturales del mismo. La importancia de la agricultura de pequeña escala, o *agricultura territorial* como le ha llamado la COAG⁷, para mantener un territorio articulado y una gestión sostenible del mismo, comienza a salir al espacio social, más allá de las contradictorias consignas de la Política Agrícola Común de la Unión Europea⁸ y de las débiles llamadas de atención de los sindicatos agrarios más a la izquierda.

Desde estas visiones se están articulando alianzas interesantes que vienen a intentar superar distancias históricas entre los diversos actores sociales preocupados históricamente por las formas de manejo de los recursos naturales y el territorio, y que en la actual ola privatizadora se están viendo excluidos y /o perjudicados. Así, en los últimos años podemos ver juntas en diversas plataformas a organizaciones agrarias con organizaciones ecologistas; a asociaciones del medio rural con otras del medio urbano; o a aquellas de productores agrarios con las de consumidores de sus productos.

Sin duda, la interconexión de las problemáticas socioambientales del campo y de la ciudad (López García y López López, 2003) se comienza a percibir, así como los absurdos⁹ que genera esta situación de dualidad. Y quizá la importancia de las

⁶ Del inglés: *Not In My Backyard*. Para profundizar en este y otros enfoques ambientalistas se puede consultar a Martínez Alier, J. (2005).

⁷ Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos.

⁸ Desde la reforma de la PAC de 1993, se establece el Desarrollo Rural como el “Segundo Pilar” de la misma, partiendo de la premisa de que la agricultura cumple más funciones que la simple producción, y que los agricultores están llamados a ser los “Guardianes de la Naturaleza”.

⁹ Naredo (2006) enumera alguno de estos absurdos: “el hacinamiento en grandes aglomeraciones de población – oriunda e inmigrada- con el despoblamiento de amplios territorios; las dificultades de procurarse empleo y

actividades económicas del sector primario para el conjunto de la sociedad, en el sentido que apuntábamos antes, y también en los de la *seguridad y soberanía alimentarias*. Y este nuevo escenario está permitiendo la eclosión de interesantes propuestas e iniciativas que, en germen, si pueden suponer alternativas apropiadas al actual modelo territorial y agrario, desde paradigmas no capitalistas sino con una fuerte tendencia hacia el cooperativismo y hacia diversas formas de colectivismo.

En el texto “Los pies en la tierra” (Autoría colectiva, 2003) se muestra la experiencia de diversos colectivos y organizaciones estatales en esta línea, y ellos mismos exponen sus propuestas y contradicciones en el proceso de ir generando un movimiento social que plantea resistencias y alternativas a la expresión territorial de la globalización capitalista. Sin duda, lo más destacable de este tipo de movimientos es la apuesta por una nueva cultura política, que pretende superar la dicotomía entre estado y mercado –lo público y lo privado- en la gestión de los recursos naturales, hacia nuevas formas de gestión construidas alrededor de lo social o colectivo.

Víctor M. Toledo (2000) define este tipo de movimientos como “disidencias productivas a la modernización agraria”, distinguiendo en ellos a dos tipos de “ámbitos sociales que parecen mantenerse como verdaderos focos de resistencia civilizatoria”: uno ubicado en ciertas “islas o espacios de premodernidad o preindustrialidad [...] en aquellos enclaves donde la civilización occidental no pudo o no ha podido aún imponer y extender sus valores, prácticas, empresas y acciones de modernidad”; y otro ámbito que califica como *postmoderno* y en el que situaríamos a las experiencias de las que estamos hablando, que estaría constituido por la “gama policroma de movimientos sociales y contraculturales”.

Algunas de estas experiencias llevan a la práctica fórmulas que han sido propuestas desde muy diversos ámbitos de la teoría anticapitalista (como la Agroecología o la Ecología Social), y de la acción social transformadora (economía social, ecologismo, acción directa no violenta, cooperativismo, colectivismo...). Articulan aspectos de estas y otras propuestas en proyectos colectivos vivos, adaptándolas a cada situación concreta para construir nuevas realidades a partir de estas culturas políticas y de los aportes positivos que nos han llegado de las sociedades campesinas.

En las siguientes líneas nos vamos a centrar en aquellas ligadas a los denominados Circuitos Cortos de Comercialización de alimentos ecológicos, por la expansión que están teniendo en los últimos años y por su potencia en la extensión de redes sociales horizontales para la gestión colectiva de algunos retazos de terreno agrario. En concreto, hablaremos de aquellos cuya propuesta alcanza una mayor profundidad práctica y teórica a la hora de generar alternativas integrales a la globalización capitalista; en sus límites y potencialidades de cara a construir verdaderos espacios socioeconómicos que avanzan, poco a poco, hacia la gestión colectiva del territorio y de los recursos naturales, en el estado español del siglo XXI.

vivienda “de calidad” de buena parte de la población aglomerada, con la existencia de territorios, pueblos y actividades abandonados; la euforia constructiva con la ruina silenciosa...”.

EXPERIENCIAS DE GESTIÓN COLECTIVA DEL TERRITORIO ALREDEDOR DE LA AGRICULTURA

Los Circuitos Cortos de Comercialización (CCC) de alimentos de producción ecológica son iniciativas en que, a través de organización más o menos horizontal entre producción, distribución y consumo, se reducen los intermediarios en la cadena de distribución de los alimentos a fin de reducir costes en la circulación de los mismos. Así los precios finales de venta al público son menores y los núcleos de producción perciben una mayor retribución por sus productos. También se consigue así una mayor cercanía –espacial y subjetiva- entre producción y consumo, que permite un mayor conocimiento mutuo y abre posibilidades de solidaridad y apoyo mutuo entre ambas partes.

Estas iniciativas parten, a su vez, de la organización de consumo y producción, cada uno por su parte, a fin de facilitar la distribución estable, constante y variada desde la producción; y volúmenes de pedido suficientemente amplios desde el consumo como para asegurar ingresos constantes para la producción. A veces esta reducción de intermediarios llega a la relación directa entre producción y consumo, e incluso a la fusión de ambos en “estructuras unitarias”¹⁰ que gestionan conjuntamente el ciclo económico completo, “de la huerta a la mesa”. Las formas de solidaridad entre ambas partes son variadas: los precios fijos acordados para toda la temporada; el acuerdo de consumos y oferta de variedad y cantidad mínimos; los pagos agrupados por adelantado; la financiación desde el consumo de las inversiones de la producción; el acuerdo de un ingreso fijo anual para la producción; la participación del consumo en las tareas agrícolas; la participación conjunta en movilizaciones y campañas por el medio rural o por la agricultura local...

LA PARTE DEL CONSUMO

Las asociaciones y cooperativas de consumo, comenzaron su existencia en el Estado español a mediados de los '80, y siguen creciendo a un ritmo intenso. Aun representando una proporción reducida de las ventas en el sector ecológico, suponen un monto importante del consumo de productos frescos, y sobre todo de vegetales. En núcleos como las conurbaciones madrileña o barcelonesa, más de mil familias¹¹ participan de estas iniciativas, y en la práctica totalidad de las capitales españolas podemos encontrar organizaciones de este tipo. A pesar de la fuerte entrada de las grandes superficies en el mercado de lo ecológico, el consumo asociativo cubre situaciones en las que no es rentable la distribución comercial, pero también genera un modelo de consumo más atractivo para los sectores sociales más concienciados respecto a las problemáticas sociales y ecológicas.

Su esencia está en la organización de los consumidores para adquirir productos ecológicos con el menor número de intermediarios posibles, a fin de conseguir menores precios y tener una relación de cercanía con la producción

¹⁰ Como el modelo de Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH!), que surge en Madrid en el año 2000, y que poco a poco se va extendiendo por otras ciudades.

¹¹ Por desgracia, no existen datos fiables a este respecto, aunque el número de participantes podría ser bastante mayor. Esta cantidad la ofrecemos a partir de los datos de Ecoconsum (Coordinadora Catalana de Consumidores/as responsables de productos ecológicos...) y de nuestra participación en el tejido del consumo asociativo de Madrid.

agraria. Dentro de estas condiciones el panorama es muy diverso, y encontramos grupos que solo reciben producto de una finca, de varias o de distribuidoras comerciales; grupos con tienda de venta al público, otros que solo distribuyen a personas socias, o grupos cerrados y sin local; aquellos que piden precios a las distribuidoras, otros que negocian precios con la producción cada temporada, o los que establecen cuotas fijas mensuales independientes del producto recibido, para mantener los ingresos de la producción. En otros espacios geográficos este tipo de iniciativas han creado modelos mucho más complejos que han permitido un crecimiento muy importante en cuanto al número de personas y de productos que mueven, como en los Estados Unidos o en Japón.

La opción asociativa o cooperativa de alimentos ecológicos es una forma de satisfacer varias necesidades a la vez. Nos permite cubrir nuestras necesidades de alimento de una forma saludable, cómoda y barata; abriendo espacios económicos donde es posible defenderse de los oligopolios de la distribución y de las grandes marcas: los altos precios, la mala calidad, la escasa diversidad de los productos, las condiciones sociales y ecológicas de la producción... Y al mismo tiempo nos permite participar de redes sociales en las cuales definimos nuestras condiciones materiales de existencia y fortalecemos las comunidades en las que estas condiciones se reproducen: nuestro grupo de amigos, nuestro vecindario, nuestro pueblo, nuestra ciudad... Si el consumo, en las sociedades urbanas terciarizadas, es un espacio importante de socialización (Lopez Garcia y Lopez López, 2003), el consumo asociativo moviliza formas de socialización solidarias y basadas en el apoyo mutuo; abre procesos donde aprendemos a participar y a autoorganizarnos de forma horizontal; y abre la posibilidad de redirigir flujos monetarios en función de los intereses de las comunidades que los generan.

Este tipo de organizaciones funciona como puente entre la actividad económica local (a través del consumo) y el tejido asociativo, generando interesantes contactos y sinergias. Se apoya sobre tejidos asociativos preexistentes, en las identidades y confianzas que estos generan, y también en sus infraestructuras. Pero a su vez los puede fortalecer y regenerar, dotándolos de nuevos contenidos y actividades a través de una actividad –la alimentación– tan básica y cotidiana, que permite la confluencia de muy distintas gentes e intereses. Por otro lado permite, mediante la relación directa con los productores, un acercamiento a la naturaleza y al medio rural de las poblaciones urbanas; fomentar el empleo digno y sostenible en el medio rural; fijar población en el medio rural; y fortalecer la actividad agraria en la cercanía de las ciudades.

En nuestro territorio, las principales contradicciones que están encontrando este tipo de experiencias podrían resumirse en las siguientes¹²:

- Cuanta menor escala más fácil es la organización, pero más difícil es el abastecimiento estable y de calidad de los productos, debido a las escalas normales de producción y distribución agrarias.
- Al realizar pedidos pequeños, a veces la producción o distribución dejan para estos circuitos los productos de peor calidad.

¹² A partir de López García (2008) y de los debates para la elaboración de del texto *Los pies en la tierra. Experiencias y reflexiones hacia un movimiento agroecológico* (Autoría colectiva, 2006)

-Cuanto más crece la organización, más difícil es su gestión. Muchas optan por profesionalizarla.

-Cuanto más crece la organización, más difícil resulta la relación directa entre consumidores, y por tanto la participación, el trabajo voluntario de gestión, o la confianza frente a la gestión de problemas que van surgiendo. También resulta más difícil la relación directa con la producción, minando las posibilidades de corresponsabilidad y solidaridad entre partes.

-Con el tiempo y el crecimiento, aparece cierta inercia en la que se van abandonando dinámicas de movimiento social, hacia una mayor eficiencia económica y de gestión. En este tránsito se pierde buena parte del trabajo voluntario y de la ilusión que sacó adelante las iniciativas, aunque quizá la profesionalización se da cuando va desapareciendo la ilusión inicial...

LA PARTE DE LA PRODUCCIÓN

Desde los años '80, con la incipiente expansión de la agricultura ecológica, podemos encontrar experiencias aisladas de producción, a menudo de neorrurales, que buscan canales alternativos de comercialización de sus productos en base a la venta directa en finca, en mercadillos, a domicilio o con la creación de grupos de consumo en las ciudades y pueblos cercanos. Ya a principios de los '90 encontramos en Andalucía una experiencia de confluencia entre movimientos sociales urbanos y campesinos (el SOC, Sindicato de Obreros del Campo), que deriva en la creación de grupos de consumo en las ciudades para recibir la producción de una incipiente red de cooperativas de producción agraria ecológica ligadas a este sindicato. De esta interacción surge la actual Federación Andaluza de Organizaciones de Consumidores y Productores de Productos Ecológicos y Artesanales (Sevilla Guzmán et al., 2002).

Estas cooperativas emprenderán un ímprobo trabajo en la reconversión de sus explotaciones a la agricultura ecológica, a la producción diversificada que requieren los CCC, y a la relación directa con los consumidores. A su vez emprenden una gran labor en la recuperación de conocimientos y variedades hortícolas tradicionales, coordinación de las producciones, organización de la distribución y también de las propias asociaciones de productores y consumidores en las ciudades. Durante años esta experiencia de organización de diversos núcleos de producción agraria ecológica fue un referente único para la pequeña producción ecológica que no buscaba los mercados internacionales, sino un proyecto más social ligado a lo local a través de los CCC.

A partir del 2000 aparecen otras iniciativas de organización de productores ecológicos dirigidas a los CCC, ligadas a organizaciones agrarias profesionales como COAG o la Asamblea Pagessa en Catalunya, que buscan alianzas con movimientos sociales urbanos y con agrupaciones de consumidores para distribuir sus producciones de forma directa. Mientras tanto, el panorama alternativo ha crecido y se ha diversificado en gran medida, con multitud de iniciativas rurales, neorrurales y periurbanas de CCC que conectan producción y consumo, campo y ciudad.

Los tejidos de consumo asociativo ya asentados en las ciudades van haciendo más posible que pequeños productores, sobre todo hortícolas y de

ganadería para carne o para productos lácteos, vayan derivando sus producciones hacia los mercados internos, y en concreto hacia los tejidos sociales que ofrecen mercados de proximidad, como los CCC. La profusión de distintos modelos en nuestros territorios, y la difusión de iniciativas con décadas de experiencias en otros (como los *Teikkei* japoneses, los CSA estadounidenses o los *AMAPs* franceses) está generando las ideas y la confianza necesarias para que esta corriente se convierta en un auténtico movimiento.

Es de resaltar en este sentido que COAG, el mayor sindicato agrario estatal, realizase en noviembre de 2006 un seminario internacional que llamó “Agricultura y Responsabilidad Compartida”, en la que confluyeron algunas de las iniciativas más interesantes de CCC de la actualidad mundial. Este seminario suponía la apuesta de algunos sectores de COAG –sobre todo los relacionados con la Agricultura Ecológica- por el apoyo a la pequeña producción a través del impulso a escala estatal de modelos de relación directa entre productores y consumidores bajo la lógica de la agricultura ecológica y la *responsabilidad compartida*, lo cual supone una iniciativa realmente alternativa a la línea oficial del sindicato, que sin embargo aún no ha cuajado en acciones reales.

En la actualidad asistimos a procesos de fortalecimiento, expansión y profundización de estas iniciativas. Es de resaltar la integración de diversos núcleos de productores en Andalucía para el impulso del denominado *consumo social* (comedores escolares, hospitales, residencias...) de productos ecológicos, que comenzó en el año 2005 y en 2006 abastecía a más de 40 comedores de colegios públicos andaluces. A su vez, están surgiendo algunas iniciativas de productores que se agrupan para establecer puntos de venta colectivos en las ciudades, en regiones como Catalunya, Euskal Herría, Galicia o Andalucía.

ENCUENTROS, CONFLUENCIAS Y FUSIONES

Retomando el tema que nos atañe, las iniciativas de gestión colectiva del territorio entre pobladores urbanos y rurales, asistimos a cierto acercamiento entre poblaciones urbanas y rurales-agrarias a través de lo que hemos llamado Circuitos Cortos de Comercialización. Este proceso rompe con la situación de enfrentamiento tradicional entre producción y consumo en la que nos sitúa el modelo capitalista de producción y consumo alejados entre sí y mediados por la distribución oligopolista de los alimentos, abriendo posibilidades de cooperación, precisamente, contra las dinámicas territoriales que genera el capitalismo globalizado y que afectan negativamente a unos y otros. No en vano, el que estas iniciativas se estén construyendo entorno a la agricultura ecológica, permite la superación de otro conflicto histórico generado por las formas industriales de producción agraria, el que enfrenta a agricultores/as y ecologistas.

Como ya hemos planteado antes, esta idea es la que nos permite entender que sectores de lo que hemos llamado *movimientos en defensa del territorio* asuman la actividad agraria como un bien social a mantener, sobre todo en el extrarradio de las ciudades o en los intersticios de las grandes áreas conurbadas. También debemos atender al surgimiento de organizaciones, como la Plataforma Rural, que buscan expresamente la protección y expansión de la pequeña producción agraria y

de la producción agroecológica desde las alianzas entre actores urbanos y rurales, ecologistas y agrarios, *por un mundo rural vivo*, como propone su lema. O a organizaciones de otro tipo que asumen, de momento muy tímidamente, esta línea de acción como propia, tal y como lo ha hecho Ecologistas en Acción al crear recientemente una comisión de *Agroecología y Soberanía Alimentaria* o COAG con las iniciativas mencionadas anteriormente.

En este sentido, se puede hablar del surgimiento de un *movimiento agroecológico*, que pretende articular respuestas y alternativas a la expresión territorial de la globalización capitalista a partir de redes sociales y económicas construidas entorno a lo agrario y a las conexiones entre movimientos sociales urbanos y rurales (Autoría colectiva, 2006). Desde este movimiento podríamos hablar de intentos de *recampesinización* de los territorios y de las formas de relación con los ecosistemas, poniendo la colectivización de la responsabilidad sobre los procesos ecológicos y económicos en el centro de las propuestas, más allá del estado y de la empresa privada.

En efecto, debajo de las fórmulas económicas y organizativas concretas que buscan redistribuir los riesgos y beneficios de la actividad agraria, encontramos trazas de una filosofía económica que resitúa los procesos económicos en subordinación a los procesos de reproducción social y ecológica. Modelos que pretenden retomar la armonía entre las personas y entre éstas y los ecosistemas mediante proyectos de gestión colectiva de los recursos naturales, intentando superar las diferencias que surgen entre los distintos agentes implicados en el proceso económico agrario.

En esta línea podemos hablar de los proyectos colectivos neorrurales (pueblos okupados, colectividades agrarias...); de determinados proyectos de okupación periurbana o rurbana de base productiva agraria; las asociaciones unitarias de productores y consumidores de productos ecológicos... Iniciativas que sin duda encuentran un importante apoyo social al extenderse la idea de que la actividad agraria (agroecológica) es un bien social que debe mantenerse y fortalecerse; lo cual no van a realizar el estado ni el mercado.

Los modelos más avanzados en esta línea, a mi parecer, son aquellos que eliminan el precio de las transacciones económicas para construir espacios socioeconómicos que generan recursos (producción, conocimiento, dinero, relaciones...) y los reasignan en su interior en base a las necesidades de los distintos actores integrantes de la comunidad, como en el modelo de Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH) u otras cooperativas parecidas¹³. También aquellas iniciativas que están recuperando con formas cooperativas o colectivistas los recursos filogenéticos (como las distintas redes comarcales, regionales y estatal de intercambio de semillas agrarias tradicionales). E incluso colectivos sociales (urbanos, rurales y neorrurales) que están peleando por el mantenimiento y revitalización de las instituciones comunales tradicionales para el manejo de los

¹³ Como las 3 cooperativas BAH de Madrid y las de Valladolid y Guadalajara, Surco a Surco y La Zarzosa (Toledo), Hortigas (Granada), La Acequia (Córdoba). En estas llamadas *cooperativas unitarias de producción y consumo*, consumidores y productores son propietarios colectivos de los medios de producción y de la propia producción, que se distribuye equitativamente entre los socios/as de cada cooperativa. Cada socio/a aporta un dinero y a menudo trabajo para el mantenimiento de la actividad, y el Grupo de Trabajadores de cada cooperativa se especializa en la producción, pero la producción no tiene precio. Para más información: bah.ourproject.org

recursos naturales ya mencionadas, como los Concejos, las Comunidades de regantes o los montes y pastos comunales.

Sin duda, estos movimientos están encontrando infinidad de conflictos y contradicciones en su desarrollo. La confluencia de colectivos sociales tan diversos está sometida a fuertes diferencias y tensiones que revientan a menudo y que obligan a reinventarse a cada momento. A su vez, la necesidad de construir formas de relación social y económica alternativas a las formas individualistas y corporativas de las sociedades capitalistas, nos sitúa precisamente en contra de las estructuras psicológicas y sociales que nos han formado como personas, sobre todo a los pobladores urbanos, lo cual es un asunto complejo y a menudo doloroso que hay que practicar y aprender. Por último, la precariedad económica y la falta de apoyos por parte de las administraciones para proyectos que no siguen las directrices de la economía de mercado, hacen más difícil aún tirar para adelante. Pero aún así, vemos que cada vez somos más la gente que optamos por entrar en estos proyectos y convertirlos en nuestra forma de vida.

EPÍLOGO: ¿TERRITORIALIZAR LAS LUCHAS O POLITIZAR EL TERRITORIO?

Vemos que las formas económicas basadas en la producción y el consumo de masas y el trabajo asalariado y controladas por las grandes cadenas de distribución generan formas de vida, tanto en la ciudad como en el campo, que no nos son satisfactorias y que generan una gran cantidad de impactos negativos, ecológicos y sociales, en todo el planeta. También sabemos que precisamente la segregación, social y territorial, entre las distintas fases de los procesos económicos genera desigualdad e indefensión frente a esta situación, y de enfrentamiento entre grupos sociales que comparten problemas de idéntica raíz. A través de nuestra experiencia en este tipo de iniciativas hemos comprobado también que resulta muy difícil hacerse cargo de las problemáticas específicas que suponen la diversidad de situaciones dentro de los circuitos económicos, pero esta dificultad no debe suponer desaliento, sino riqueza de pareceres y recursos a la hora de reconstruir los espacios sociales en que vivimos de forma colectiva.

A través de iniciativas que conectan campo y ciudad alrededor de lo agrario, estamos sentando las bases para una reconstrucción de las relaciones entre estos dos entornos, y de las comunidades locales con los ecosistemas que los acogen. Intentamos así retomar una *coevolución*¹⁴ entre sociedad y medio ambiente que no degenera a ambos, a través de identidades y conocimientos compartidos que permitan la construcción de espacios de responsabilidad colectiva sobre los procesos económicos, y en concreto sobre el manejo de los recursos naturales y del territorio. Construimos iniciativas económicas que anclan en el cotidiano las reivindicaciones políticas de las comunidades locales de una forma de vida que reproduzca las comunidades y sus ecosistemas, y no el capital. Construimos

¹⁴ El concepto de coevolución se basa “en la idea de interacción y mutua determinación de los componentes de cada sistema, la idea de que los ecosistemas agrarios son en parte ecosistemas artificiales, y la idea de que los términos de dicha interacción no se han mantenido idénticos o estáticos en el tiempo, sino que han ido mutando de acuerdo con la dinámica que tal interrelación ha ido generando en cada una de las partes que componen el sistema” (Guzmán Casado et alli., 2000)

procesos políticos desde la base social y ligados a territorios concretos, que buscan conectarse con los ciclos ecológicos para la búsqueda de sustentabilidad.

La potencia política de este tipo de iniciativas es algo que está por ver, y sobre todo en relación con los procesos económicos y políticos de la globalización capitalista, origen último de las problemáticas que estamos atendiendo. Sin duda estas esferas quedan muy lejanas de los procesos tan locales y particulares de los que estamos hablando, pero la conexión entre estas dos dimensiones de la acción política es tarea imprescindible, que estamos logrando en algunos aspectos muy concretos como la lucha contra los Organismos Modificados Genéticamente, o determinadas luchas contra las Grandes Infraestructuras de transporte o aprovisionamiento de recursos naturales (agua, etc...). Aunque de momento los resultados son muy limitados a este nivel, si estamos consiguiendo, en muchos casos, desarrollar espacios de vida mucho más acordes con los ecosistemas que poblamos y con cómo nos gustaría vivir en ellos, a través de la acción colectiva y de formas colectivistas y cooperativas de organización de nuestra economía. Esto ya es mucho, y sin duda ha de ser la base para construir movimientos sociales más grandes y fuertes, que puedan crecer sin dejar atrás a la gente que los forma.

BIBLIOGRAFÍA:

AUTORÍA COLECTIVA (2006): *Los pies en la tierra. Experiencias y reflexiones hacia un movimiento agroecológico*. Virus Editorial. Barcelona.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M. Y GUZMÁN CASADO, G. (2006): *Tras los pasos de la insustentabilidad. Agricultura y medio ambiente en perspectiva histórica (s. XVIII-XX)*. Icaria editorial. Barcelona.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y MARTÍNEZ ALIER, J. (eds.) (2001): *Naturaleza transformada*. Icaria Editorial. Barcelona.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA GUZMÁN, E. (Coords.) (1993): *Ecología, campesinado e historia: para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura*. Ediciones de la Piqueta. Madrid.

GUZMÁN CASADO, G. ALONSO MIELGO, A. y SEVILLA GUZMÁN, E. (2000): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Mundiprensa. Madrid.

LÓPEZ GARCÍA, D. Y LÓPEZ LÓPEZ, J.A. (2003): *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*. Ed. Traficantes de Sueños. Madrid.

LÓPEZ GARCÍA, D. (2008): *Agricultura de responsabilidad compartida. Formas de economía solidaria que articulan el territorio*. En Economía social, economía ecológica. Baladre, CGT y Ecologistas en Acción. Madrid.

MARTÍNEZ ALIER, J. (2005): *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria Editorial-FLACSO. Barcelona.

NAREDO, J.M. (2006): "Metabolismo económico y deterioro territorial". En AUTORÍA COLECTIVA (2006): *Los pies en la tierra. Experiencias y reflexiones hacia un movimiento agroecológico*. Virus Editorial. Barcelona.

SEVILLA GUZMÁN, E., ALONSO MIELGO, A., GUZMÁN CASADO, G. (2002): *Las cooperativas del SOC como movimiento social agroecológico en la dinámica de las asociaciones andaluzas de productores y consumidores ecológicos*. En materiales de la IV Maestría en Agroecología. Universidad Internacional de Andalucía. Baeza (Jaén).

TOLEDO, V. M. (2000): *La paz en Chiapas*. Ediciones Quinto Sol S.A. de C.V. México.